

La circunstancia social en el arte

Escribe: LUIS VIDALES

— XIV —

LA CONTINGENCIA PLASTICA DEL ISLAM

PRIMERA PARTE

Cuesta un trabajo enorme convencerse de que alguien pueda decir: “el arte islámico, desde la forma suprema, la arquitectura, hasta las numerosísimas del arte industrial, no crea en realidad nada, sino que se limita a adornar”. Y sin embargo ha sido dicho, y no propiamente por “alguien” sino que nada menos que por Hans Heinrich Schaeder en su estudio: *La expansión de los Estados del Islam desde el siglo VII hasta el XV*, (Historia Universal, Espasa-Calpe, Madrid, 1962, tomo III).

Cuesta un trabajo enorme convencerse de que pueda afirmarse que la pintura y la escultura fueron expresiones abstinentes del mundo musulmán debido a la veda de la reproducción de imágenes inscrita en el Corán. Y no obstante historiadores y críticos de arte no cesan de afirmarlo.

Cuesta un trabajo enorme convencerse de que se acepte, primero este *ausentismo*, y segundo, que le sea atribuido “a la tiranía que ejerce la decoración geométrica, hasta convertirse en una *síntesis provisional*, de la cual no pueden salirse los artistas”. Y, no empece, sustenta este juicio nada menos que Elie Faure.

Cuesta un trabajo enorme convencerse de que se hable del “vacío que ejerce el desierto sobre el alma musulmana” como clave del sedicente *mutismo plástico* de los árabes. Y con todo, quien lo dice no es otro que el mismo Elie Faure, quien pertenece a esa escuela a la que le place asociar las formas del arte a las expresiones afectivas producidas por el medio físico, en tanto que factor determinante.

Cuesta un trabajo enorme convencerse de que pueda proclamarse que “el arte como superestructura no se ajusta exactamente al movimiento histórico”. Y, aunque parezca sorprendente, quien así razona es nada menos que el marxista André Gisselbrecht.

Pues bien. Reuniendo estos conceptos podemos sustentar: que el arte árabe existe y que el "adorno", estéticamente, no es inferior a esa forma suprema, la arquitectura; que la pintura y la escultura musulimes tienen existencia; que la decoración geométrica, y toda *síntesis provisional* de la plástica de un pueblo, en lugar de ser una tiranía es un incentivo a la creación y a la liberación artística, como lo comprueba el Egipto grande; que sobre el "vacío físico" impone sus improntas el "vacío sociológico", y que si "el arte como superestructura no se ajusta exactamente al movimiento histórico", entonces ¿de dónde sale esa correspondencia de un pueblo tan singular en su conformación con la singular conformación que tomen sus expresiones plásticas?

* * *

Naturalmente que no existe una relación mecánica del contrapunto *sociedad-cultura*, idea que tanto dolor de cabeza le produce a "tirios y troyanos". En primer lugar, ni para afirmarla ni para infirmarla la idea vale nada, porque de todas maneras esa relación se produce en la práctica histórica. Si nos atenemos a "sistemas" a "series", a entidades sociales como criaturas integrales, y no a personalidades aisladas, ni a sociedades como meras agregaciones de individuos; si nos atenemos a "ciclos", a "coberturas históricas" y no a los trocillos de tiempo en que actúan las celebridades ni a las obras de estos en sí mismas consideradas, una cultura puede decirle "sí" a la sociedad, para sustentarla; decirle "no", por oposición a ella; o decirle que se coloca sobre ella como una "cultura de aspiración", pero en los tres casos, formas que actúan en el seno de la sociedad la están sosteniendo. De esta manera, no se trata en la, si se quiere, unidad de contrarios de aquel contrapunto, de las escogencias que suele hacer la historiografía occidental según el balancín de la exaltación o del menosprecio, ni se trata de ningún criticadísimo "sociologismo", sino sencillamente de observar los fenómenos, todos, tal como ocurren en la práctica humana: como criaturas de la encuadratura social. En otras términos, no se trata de *preferir*, sino de *situar*; no se trata de *conceptuar*, sino de *señalar*. Cuando Schaefer dice que "más importante que todos los estímulos científicos y artísticos que el occidente cristiano pudo recibir y recibió de los musulimes, es la lucha defensiva contra la amenaza de la conquista islámica", debilita su propia monstruosidad ya que solo podríamos aceptarla con pena de nuestra parte. Contra ese criterio de *lo que pudo ser y no fue*, como el fenómeno de mayor trascendencia, se alza aún hoy en día la arquitectura de mezquitas y palacios, alcázares y mansiones, como algo *que puso ser, y fue* (para no referirnos sino a la plástica).

* * *

Una de esas *culturas de aspiración* fue precisamente la que se formó en el desierto de Arabia. Pero para aquellos que combaten el *mecanismo histórico* entendiéndolo por él una relación externa de factores, sometida a una simultaneidad tiránica, de contenidos, y formas, dentro de un tiempo de angustia, cosa que a nadie le puede parar en la mollera, la cultura que se desenvuelve dentro del arenal arábigo tiene su propia ca-

racterística —y esto es lo esencial— no solo como manifestación del espíritu sino que en su relación con la matriz social de la pobre vida que se está soportando. En Arabia, las expansiones de la vida intelectual poseían asiento en los pocos núcleos urbanos surgidos aquí y acullá, donde la tierra era menos hostil. Si a esas expresiones se les busca su origen, no es difícil, por mero cateo táctil, y por su imanación, encontrarlas arraigadas a las muy lánguidas formas de una economía nómada de ascendencia pastoril, de unidad política y autoridad muy endeble y de una delgada formación jurídica. Fue Lenín quien habló de estas culturas a veces fantásticas de los pueblos retrasados, pero extrañas al enser social, tal como lo fue (vaya de ejemplo) la nuestra y la de nuestros países de centurias pasadas, con mucha teología, mucha escolástica, mucho latín, mucho griego incluso, pero afincada en la propia ausencia de progreso, genes de la matriz social. La diferencia a favor del gran reloj de arena de Arabia no es poca: el “elán” de la religión, que permitió, lo mismo que por doquier, donde el mito enciende las almas, las dos expresiones primarias —y máximas— de los pueblos históricos (nosotros somos a-históricos): la danza, y la poesía. En esta, por sobre manera, el refinamiento musulime espiga a inconmensurable altura, como si en él se resarciera toda la privanza del complejo cultural.

* * *

El foco de esta irradiación era La Meca y, en ella, el santuario de la Kaaba, en torno al cual religión y mercado hacían buenas migas. El comercio, llegado a cierta densidad económica y a cierta concentración favoreció la formación de una clase enriquecida, dada al ganancial y, desde luego, a la opulencia y al ocio. Fue allí donde se formó un *estado mayor* de aquella sociedad, de políticos y militares, entre los cuales descolló, precisamente, el camellero, mozo de mulas, técnico y poeta del desierto, Mahoma, experto en los “transportes” y en las “suras”, amigo íntimo del ángel Gabriel, señor de la camella que sabía cuándo le iba a dar el éxtasis a su Profeta y que, expedito como nadie, hizo su ascensión al seno de Alá jinete en su yegua Alborac, quien debe estar gozando con él de la eternidad del pienso en la gloria musulmana.

Y es lo cierto que desde muy pronto, la unidad se presenta a ese pueblo como la mayor urgencia de su historia. El atado de tribus de diferente procedencia, en guerra constante, dentro de las condiciones de exasperación de la geografía de arena árabe, reproduce el mismo fenómeno que se presenta en toda la historia del hombre, allí donde el contraste del enser social con el ámbito que lo contiene es ostensible. Y el destino que le estaba reservado a ese desconcierto humano, empujado a exasperadas contiendas por la posesión de los pocos y limitados bienes, no era otro, como siempre lo fue donde se dieron estas causas, que la extinción de la especie. Es por ello que Mahoma aparece como Profeta de la unidad dentro del espacio árabe. Y es por ello que se lanza ardorosamente al sometimiento de las tribus, como primera faz de su carrera, lo que no consigue enteramente, ni fue enteramente posible. A partir de cierto momento de su desarrollo esa sociedad debía por ley histórica convertirse en leva de conquista, por cuanto había crecido exorbitantemente,

en términos absolutos, en comparación con el país que la contenía. Es este uno de los ejemplos de angustia demográfica más dramáticos de la historia del hombre. Y es en esta condición intrínseca, interna, donde deben buscarse los sillares sobre los cuales se levanta, con características similares, la plástica del Islam. ¿O preferimos decir que las superestructuras no se ajustan exactamente —al pelo— al movimiento histórico?

* * *

Mahoma entra en el éxtasis del cual no ha regresado aún, el 8 de junio del año 632. En el 634 el Islam irrumpe, no en la historia universal, como suele decirse, sino *en las afueras de la tierra ingrata*: era forzoso buscar un suelo, no porque fuese adicto a la teoría del medio geográfico, sino porque ninguna sociedad es concebible, en términos normales, sin una tierra donde anidar. Y es así, y por estos determinantes (la religión solo fue el ingrediente), que el mundo presencia una de las invasiones más potentes y fulgurantes que conoce la historia humana, ante la cual la de Hitler resulta pigmea.

Schaeder afirma que “no fue simple afán de botín o la necesidad económica” lo que impulsó las conquistas árabes. Para él, esos invasores “fueron impulsados por una idea”. Bien es cierto que advierten, como quien prepara su coartada, que la idea religiosa que los impulsaba “tenía también propósitos terrenales muy claros”. No hay duda que ese *también* está muy bien colocado.

Pero no. Los árabes aparecen impelidos por la “sed de tierras”, peor que la sed de agua. Dominan las tribus, hasta donde pueden, como primer anillo de su unidad. Y luego vienen los comprobantes en letanía: muy pronto, ya en el 633, tierras babilónicas y tierras bizantinas (Adschnadain, Palestina, Jerusalén, Gaza). En el 634, tierras de Damasco. En el 635, tierras del Yarmuk. En el 637, más tierra, la Persia sasánida y se atornillan en Ctesifon. En el 638 son indesarraigables de Jerusalén. En el 640 asoma en el horizonte la tierra egipcia, y ya en el 642 Alejandría es musulme. Toda la tierra persa cae bajo su poder en el 651. Pero ya en el 649 están en Chipre y dominan el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules. Desde el 709 amagan sus expediciones hacia el territorio español y en el 713 consolidan sus posesiones en la Península. En el 825 se les encuentra fuertemente sembrados en Creta. Dos años después, extienden sus horizontes hasta Sicilia. Siracusa cae en el 878. En el 900 ocupan a Taormina y llegan hasta las faldas del Etna. Años antes habían abierto amplio camino hacia la vía de Occidente, que los malos estudiantes universitarios suelen olvidar con frecuencia. Toman a Marsella en el 838. En el 842 saquean el valle del Ródano. Ese mismo año incendian a Capua. Y ese mismo año se hacen fuertes en el sur de Italia. En el 846 sitian a Roma. En el 851 tienen en su poder a la Italia meridional, saquean la Provenza y las costas, e incluso se hacen fuertes en Fraxinctum, en las goteras de Tolón. Tierra, tierra y siempre tierra. No iban a expandir una idea; iban a quedarse. Arabia era el “Islam” o sumisión a Alá; afuera, en el ancho mundo, era el espacio vital para el crecimiento, también vital, de una sociedad.

Toda la política árabe gira en torno a la dominación de tierras. Del califato de Damasco al califato de Bagdad, al emirato —y al califato— de Córdoba, la lucha por adquirir el inmenso globo de suelo del tamaño de su demografía impele al mundo musulime con irrefrenable designio. Es algo de vida o muerte. Para lograrlo, la lucha se torna en ocasiones sangrienta en el interior de esa sociedad. Y como la violencia suele tener en la historia humana el tamaño de la presa, no pocas veces la guerra intestina se resuelve en ríos de sangre, pone pausa a la carrera expansionista y el tratamiento a los pueblos invadidos se suaviza. Sería muy pretencioso afirmar que estos *rasgos* no se ven por ninguna parte en el arte de los árabes. Muy pretencioso, e inútil, porque siempre seguirán viéndose.

* * *

Esta condición de *nomadismo* que está en la almendra de su estro social impregna al mundo islámico de una levadura más suelta, más libre, más flexible en sus internas relaciones de producción —y desde luego en sus externas también— que hacen de él, en dondequiera que llega, una entidad más vinculada a las expresiones económicas del comercio y de la industria, que a las imperantes feudales, al menos en los primeros largos tramos de su asimilación al ecúmene territorial de los feudos. Y aún así, el universo musulime no abandona su forma *modular* de economía superior a la servil, vale decir artesano-industrial, sino que antes bien la acrecienta y afirma.

No será nunca fácil negar que fue debido a esta conformación íntima, y al avatar de sus sistema social, que los árabes impusieron el progreso material y cultural a los pueblos y comarcas que fueron objeto de sus conquistas, en Siria como en Irán, en Persia como en Egipto, en Moghreb como en España, en la India como —incluso— en la China.

Fue así, y por estos orígenes de huevo y matriz (digámoslo así para prevenir antagónicos), como entró una cultura diferente de la cristiana en la Europa del suroeste, al paso que en la Europa del sur irrumpían, para quedarse, los búlgaros y los eslavos, los servios y los croatas. Hacia el 680 una parte de los búlgaros, los finlandeses-ugros, avanzan hacia el Danubio.

En España, el progreso material de procedencia musulime, en el comercio y la industria, la agricultura y la ganadería, estuvo acompañado en su desarrollo (¿exactamente al mismo tiempo, antes, después?) de un estado mayor intelectual altamente libre en sus especulaciones mentales e incomparablemente más avanzado que cualesquiera otra clase intelectual europea. La canalización y el regadío aprendidos de los persas sasánidas; la introducción de los cultivos del arroz, la caña de azúcar y los árboles frutales, pueden estar muy lejos o muy cerca, pero *están*, en enlace con la forma de pensamiento musulime. En el campo de las industrias, las de tejidos de lana, los cordobanes, la orfebrería, la artesanía del acero, son expresiones de una economía que amplió las posibilidades del mundo europeo, sobre la base de mayor oportunidad de empleo de la mano de obra y que, por lo mismo, contribuyó a la descongelación del medioevo feudal. Este

solo hecho aparece en Europa como todo un fenómeno extraordinario, no por ser musulime, sino por tratarse de una sociedad mucho más compleja, desarrollada y expedita que las existentes.

Quienes suelen afirmar, como Goetz: *La Edad Media*, Historia Universal, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1962, tomo III), que el individualismo que señala el fin del medioevo se debió “a una disposición nativa del italiano”, harían bien en revisar en el entresijo del feudalismo la catadura de los cambios operados en ese sentido y, desde luego, los introducidos en la misma dirección por la andadura económico-social musulime. ¿O hay que cerrar los ojos ante estas evidencias?

Y dentro, de estas, hay una de peso mayúsculo. La que comprueba que en el orden intelectual los árabes son los maestros de avanzada del medioevo europeo, cuando en el universo feudal impera a sus anchas la ideología de la revolución. En literatura, en poesía, en historia, en geografía, en química, en medicina, en astronomía, en matemáticas, en álgebra, en aritmética, en filosofía, el Islam asciende a altas cumbres, al fijar la atención en los modelos de la denominada “antigüedad” (porque también llaman “antigüedad” cualquier cosa). Vale decir, adelantándose a la nueva escolaridad a la que entró, para afirmarse, la nueva sociedad de constancias individuales, después del periplo post-pericleano. Pero conste que los árabes no tuvieron “una disposición nativa individualista”: fue la negada —y renegada— estructura social quien los armó de esa guisa. ¡O no!

* * *

No sobra detenerse en estos antecedentes, cuya compaginación con la plástica, indirecta o indirectísima, como se quiera, enfila en el orden de lo innegable. En el siglo XI, Avempace difunde la filosofía del individualismo. En el XII, Averroes traduce a su idioma a Aristóteles. Avicena eleva la medicina a una alta cima. La literatura y la poesía árabes introducen en el teológico solar europeo la gracia, el colorido, el adorno, la exaltación de los cinco sentidos, que luego serán formas del deshielo medieval. Ya en los siglos IX y X el Islam cultiva una cultura más “moderna” que la de Occidente, precisamente en el sentido de la orientación posterior de este. En la época de Mamún —califa del 813 al 833— se amplía en los medios musulimes la asimilación de la ciencia griega. Los libros más importantes de la sabiduría helénica fueron vertidos por sirios y coptos y Bagdad era centro de aristotelismo y neo-platonismo. Hacia fines del siglo X aparece la poesía persa —lírica y épica— y deja, al menos, un monumento de alto valor poético e histórico, en cuya inspiración alienta la política de *fusión de pueblos* o por lo menos de *alianza*, una de las máximas metas del Islam de las conquistas. Es el *Shah-Namah*, o libro de los Reyes, de Abu-al-Kassim, comúnmente denominado Firdusi. El extenso poema relata los episodios heroicos de que fueron protagonistas los reyes de la Persia antigua. Escrita en dísticos rimados, esta epopeya nacional, comparada muchas veces con los cantos homéricos, termina con estos versos: “No moriré; mi nombre es inmortal. Enseñé a escribir. Cuando ya no exista, los hombres inteligentes bendecirán mi memoria”. La obra da cuenta de monjes cristianos que viven en gran armonía con

grandes personajes musulmanes (anticipaciones al Concilio Ecuménico II). Zoroastro, Cristo e Islam no andaban tan reñidos en Persia. Y en cuanto a la poesía lírica, de arranque sentimental, robusteció la cepa poética del universo musulme, irradió por el Oriente hasta la India del norte y entró, por el Occidente, con los musulmanes a España y tomó carta de naturaleza europea en los trovadores provenzales.

Si vamos más adentro y tocamos la materia de que está hecho el pensamiento islámico, nuestra comprensión se aclara grandemente. Este relato, así sea sucinto, que cumpla esta misión:

1. La *Lógica* y la *Metafísica* de Aristóteles, la *Geometría* de Euclides y la *Geografía* de Tolomeo fueron obras comentadas por Avicena. Sobre la *Metafísica* nos cuenta que la leyó cuarenta veces, en un arduo trabajo de asimilación. *Cánon*, su tratado de medicina, fue traducido al latín y en el siglo XVI aparecieron ocho ediciones de él (en Venecia, Padua, Basilea y Roma). Todavía hasta el siglo XIX fue texto de estudio en la Facultad de Medicina de Montpellier.

2. Uno de los más profundos conocedores de los griegos, Algazel (1072-1127), profesor de la Academia de Bagdad, es autor de *Ihya* (renovación de las ciencias religiosas), obra que le ha merecido el nombre de "Santo Tomás del Islamismo". Es célebre su autobiografía, *Al-munquid*. Impugnador del sistema aristotélico y, por lo mismo, de Avicena, escribe el *Tchafut* contra la filosofía "liberal", los postulados de "perpetuidad de la materia, del tiempo y del movimiento", obra que anuncia su destino final: termina siendo un "sufí" (místico).

3. Un español-musulme, Ibn Rochd —Averroes— (1126-1198) es uno de los espíritus cimeros del medioevo occidental, por el que expande el aristotelismo. Es acaso en su obra monumental *Tchafut el-tchafut* (Destrucción de la destrucción), escrita contra Algazel o, mejor dicho, contra la teología islámica —y contra toda teología— en la que se alza como adalid de las tendencias progresistas del pensamiento medieval. "La materia es eterna", tal es la piedra de toque que une a Aristóteles con Avicena y Averroes, en una época en que el gótico (para referirnos a lo plástico) se prepara para comprobarlo. "La materia es incorruptible", "la materia no ha sido engendrada"; "las formas son el resultado del movimiento de la materia"; "el movimiento ocasiona el tiempo y las formas"; "el movimiento es eterno". Estos pensamientos de Aristóteles lo son también de Avicena y, por supuesto, de Averroes. Para este, Avicena es demasiado tímido. Averroes afirma, llanamente, que "la religión del sabio es el estudio de la naturaleza". "Llamar error a este culto, que es la mejor de las religiones —dice— es el más vil de los actos humanos". El filósofo musulme, como se ve, se proyecta en el escenario de su tiempo como el hijo de una sociedad mucho más desenvuelta que la española y, desde luego, como un anticipado renacentista. Por ello, obviamente, sus enemigos menudean, y no es infrecuente en la Edad Media la contemplación de una estampa —(¡ay! de la originalidad del cartel moderno)— en que la Teología es una matrona sedente, bajo cuyos pies aparece, aplastado, el *diablo* Averroes. Solo que a la matrona se la pudo el Renacimiento.

4. Un geógrafo de Ceuta, Al-Edrisí, autor de un libro de geografía, *Placer de los que desean ver* descubre en su viaje por el norte de Europa que “las mareas tienen lugar en las noches del 14 y el 15 de cada mes lunar”. El *Al-Magest* (El Maestro), como llaman los árabes la geografía de Tolomeo, es traducido por ellos hacia el año 922. Abul-Feda habla de que “la tierra es redonda”. La brújula va con los musulimes a España Aben-Batuta, quien se sumerge durante veinte años en el misterioso Oriente, se hace en sus relatos el Marco Polo de los musulmanes. Al-Biruni, quien también rueda por el mundo, lo hace impulsado por el espíritu científico. Los números arábigos se universalizan —cualquiera sea su origen— debido a la expansión islámica. Teoría y práctica agrícolas son aportes suyos a Europa. Sus obras de historia natural, con clasificación minuciosa de especies, deben esperar a los siglos XVII y XVIII, cuando esta especialización se generaliza en el espacio científico occidental. Los *Prolegómenos*, de Ibn-Khaldún, sientan en el siglo XV las bases de la filosofía de la historia.

5. En los dominios de la imaginación, no tan disociados de los de la ciencia como suele afirmarse, las fábulas hindúes y persas pasan en buena parte a Occidente por la vía del Islam. *Las mil y una noches*, obra del siglo IX, cuando Bagdad está en su apogeo, es una sutil elaboración de la sociedad islámica, en la cumbre de su finura y refinamiento, cuyo encanto está incólume. El poema *Al Yemen* va a reproducirse después, quizá engrandecido, en las *Coplas a la muerte de mi padre*, de Jorge Manrique. La *Divina Comedia* toma la armazón para su grandiosa parábola del *Fotuhát*, de Abenharatí. Avenzoar, Abentofaíl, Abulbeca, son poetas de la forma “burguesa”, cuando apenas balbucen las nuevas formas poéticas en el subsuelo de la Edad Media. Desde la hornaza del califato de Córdoba, cuando Bagdad va en declive, las llamas musulimes engrosan las de la hoguera en que va a sucumbir el medioevo. *Horresco referens*, como dice Virgilio por boca de Eneas. (*Eneida*, en el Libro II, v. 204).

* * *

Si hay exceso en estas notas primarias, antes de adentrarnos en el estudio de la plástica árabe, se espera que él sea estimado como “sobra de razón”, por la parcialidad del juicio europeo cuando de la gente árabe y de su aventura se trata. Es Schaeder quien dice que “no se debe sucumbir al engañoso aspecto del florecimiento de la cultura arábica”. Y como una idea de este volumen debe fundamentarse, las razones que aduce son del siguiente peso: *Primera*. El gran vuelo de los Estados islámicos en la actividad de la industria y el intercambio comercial dentro del área europea, y más lejos aún, no tiene tanta significación porque “fue preferentemente de costosos objetos de lujo refinadísimo, sin importancia para la bienandanza de los pueblos”. *Segunda*. En la esfera científica la medicina (descollante en la terapéutica), la química, las astronomías, las matemáticas, etc., no son adelantos sorprendentes por la sencilla consideración de que “ellos se debieron a que los soberanos omnímodos tenían médicos de cámara, astrólogos y confeccionadores de calendarios para su uso monopolista”. *Tercera*. En artes plásticas no hicieron cosa distinta de “revestir” o “decorar”, que es oficio artístico —así pro-

duzca bellezas— de poca monta. Se trata, como se ve, de reflexiones de subterfugio que de todos modos dejan intacto el mensaje del Islam a la civilización de Occidente, tanto más cuanto que en todas las sociedades de clase la apropiación de los bienes, materiales o espirituales, es para unos pocos y no para todos indiscriminadamente.

Una de las señalizaciones más comunes de la historiografía europea es la de que los árabes no culminaron, aunque estuvieron a punto de hacerlo, en lo que se quiere ver, o una modalidad de su manera de ser, un *innatismo*, o el resultado de haber sido contenidos en sus conquistas sobre Europa. Ni una ni otra cosa es real. No llegaron, es cierto, pero por otras causas, todas de su formación intrínseca, antes que por las acciones externas cuyo recuento llena las páginas de la historia de Europa. A ello vamos a referirnos, al enfrentar su plástica.

Pero antes, un breve momento. De los árabes se ha dicho, asimismo, que nada conocieron ni transmitieron de la Grecia grande, la de Homero, Sócrates, la tragedia, la plástica de los dioses, con el ánimo obvio de disminuirles su aporte. Es necesario decir que tomaron de los griegos las formas culturales correspondientes a su conformación sociológica como, por otra parte, lo hicieron Roma y todos los pueblos en el momento de crisis ocasionada por la muerte del paganismo. Estas formas no fueron otras que las del remesón helenístico. Con el mismo criterio podría enjuiciarse a Europa, bárbara entonces, que nada sabía, no ya de Homero y Sócrates, la tragedia griega y el arte arcaico, sino del individualista Aristóteles.

Schaeder se duele de que los árabes “no pudieron liberar a la astronomía de la astrología ni a la química del alquimismo” y que “no de otro modo sucede con las ciencias del espíritu”. Pero se calla el estado de Europa, que en la Edad Media andaba en las mismas. Se encuentra uno tentado a pensar (perdón) que con el Islam ocurre lo que con la mosca casera. Ella puede parecernos insignificante y molesta criatura, lo que no obsta para que tenga sobre nosotros una superioridad sorprendente: sus alas, ante las cuales es inútil creer que nuestra animadversión le suprimirá a esa vil criatura la inmensa ventaja que tiene sobre nosotros: su especie seguirá volando, sin obedecer nuestro juicio en su contra.